do que ninguna persona estraña se acercase al enfermo, y dejando pasar tres dias sin llamar al médico. Verdad es que Lacoste habia dicho terminantemente que no queria ninguno; pero no hay nada que pruebe que persistiese en semejante propósito. Al cuarto dia hizo entregar á M. Boubée, médico, una relacion sucinta de la enfermedad, pidiendole una consulta por escrito; al quinto dia se llamó á M. Lasmolles, cirujano: se le dijo que M. Lacoste habia comido cebolla, ajos verdes y judías y eso que estaba ya un poco indispuesto antes de hacer esta comida indigesta. « Pero esta comida era una mentira,» mentira premeditada, puesto que la víspera de la féria de Riguepeu, Mad. Lacoste hablaba ya de ella, diciendo que todos aquellos comestibles le hacian daño á su marido.

Segun la acusacion, la gran cantidad de arsénico hallada en los órganos, prueba que el veneno ha sido suministrado en diferentes veces, la primera por Meilhan, y las otras por Eufemia Vergés.

«Cuando Enrique Lacoste dió el último suspiro, su mujer derramó algunas lágrimas; pero pronto esta sensibilidad aparente fue reemplazada por otras cosas mas positivas: ella misma dió la sábana para amortajar al difunto, y en seguida fué á registrar la papelera en donde se hallaba el testamento que la instituia heredera universal de todos los bienes de su marido.

»Al dia siguiente, José Meilhan, que no habia ido ni una sola vez á ver á M. Lacoste, desde que estaba enfermo se apresuró á ir á visitar á la viuda, que le convidó á comer. A los dos dias, vuelve á comer con ella; se les ve pasear juntos y parece que su intimidad va en aumento de dia en dia. Pero la gratitud de Mad. Lacoste no se limitó á estas demostraciones de amistad: el servicio que Meilhan la habia hecho, merecia otra recompensa y no la aguardó mucho tiempo. Pocos eran los dias que habian transcurrido despues de la muerte de M. Lacoste, cuando habiéndose encontrado Meilhan con M. Sabazan alcalde de Riguepeu, le condujo á la sala donde tenia la escuela, y le dijo: «vos sois un hombre reservado, y voy á confiaros un secreto: Mad. Lacoste quiere endosarme un pagaré contra M. Castera á quien me ha preguntado si conocia yo.—¿Creeis que este hombre pueda pagármelo?—Sí, contestó M. Sabazan, un pagaré contra ese hombre vale tanto como oro en barras.—Veo que sois un hombre afortunado.—¡Oh! contestó Mielhan, Mad. Lacoste me ha dicho que esto no era sino el principio de los beneficios que cuenta hacerme.

»Cuando Meilhan se hubo asegurado de esta suerte, de que el crédito era bueno, le escribió á Castera rogándole que se pasase por su casa. Castera accedió á la invitacion y Mielhan le dijo que madama Lacoste le habia pedido prestados 2,000 francos, y que á cuenta de esta suma le habia dado un pagaré de 1,772 francos contra él, por debérselos á la testamentaria de Enrique Lacoste. Meilhan se lo enseñó y quedaron acordes sobre este punto, renovándose el pagaré en favor del maestro de escuela.

»De esta suerte Meilhan, que no queria confiar á todo el mundo el secreto de las liberalidades de la viuda, trataba de dar á entender á Castera, que aquel pagaré se le habia transferido en pago del dinero que él habia prestado á Mad. Lacoste; pero á M. Sabazan, con cuya reserva contaba ó creia poder contar, le habia dicho, como ya hemos visto, que aquel documento era un regalo que le hacia la viuda, principio de otros mayores y no mentó ni por asomos el préstamo de los 2,000 francos de que le habia hablado á Castera.

»Este préstamo no era sino una mentira inventada para disimular á los ojos de Castera una liberalidad de que Meilhan queria hacer un misterio.

»Pero, como ya lo habia anunciado, no fue aquello sino el principio del bien que la viuda de Lacoste queria hacerle. En efecto, al poco tiempo Meilhan llevó por segunda vez al alcalde á la consabida sala, para decirle que Mad. Lacoste queria hacer una obligacion señalándole una renta vitalicia de 400 francos, y que le habia dicho que la estendiese, que ella la firmaria despues. Tambien añadió que aquella señora le habia llegado á proponer que fuese de 500 francos la pension que queria señalarle, á condicion de que la devolviese el pagaré de Castera y le pidió consejo á M. Sabazan sobre este particular. Este le contestó, que él en su lugar guardaria el pagaré y se contentaria con la pension de 400 francos. Entonces, el maestro de escuela le suplicó que le hiciese un modelo del acto para la constitucion de aquella renta; M. Sabazan se lo hizo allí mismo y se lo entregó al acusado.

»A los pocos dias, Meilhan le dijo al alcalde que Mad. Lacoste no habia querido servirse de su modelo y que ella misma habia redactado el acto. Al mismo tiempo le presentó un escrito firmado por la viuda y le rogó lo leyera para ver si estaba en regla. Reducíase á una obligacion por la cual aquella señora se comprometia á dar una renta vitalicia á Meilhan, de 400 francos, pagaderos anualmente en el mes de agosto. M. Sabazan no pudo conocer si aquello estaba realmente escrito por la viuda de Lacoste, porque no habia visto nunca la letra de la acusada; lo que si notó fue que la letra no era de M. Meilhan.

»Por aquella época, Meilhan hizo leer este documento al cura de Riguepeu á quien dijo que hacia mucho tiempo que estaba muy bien mirado en casa de Lacoste, que habia consolado mucho á la viuda con sus reflexiones y que esta muy agradecida, habia querido señalarle aquella pension. El señor cura conoció como lo habia conocido el alcalde, que la letra de aquel documento, no era de M. Mielhan, y tambien reparó que tenia muchas faltas de ortografía y que la firma « viuda de Lacoste,» precedia al nombre de « Eufemia.»

»Al mes de agosto siguiente, volviendo un dia Meilhan de casa de la viuda Lacoste, se encontró con M. Sabazan y le dijo haciendo sonar los escudos que llevaba en el bolsillo, que acababa de recibir el primer año de pension.

»Otro dia se jactaba de su fortuna delante del señor cura de Bazias, diciendo que su gasto diario estaba asegurado para toda la vida, y que ademas,

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación